

Con este artículo firmado por Francisco Herrera, catedrático de EU de Historia de la Enfermería en la Universidad de Cádiz, damos comienzo a esta sección denominada **La firma invitada**.

Francisco Herrera Rodríguez (Cádiz, 1957) es doctor en medicina por la Universidad de Cádiz y diplomado en Historia de las Ciencias y de las Técnicas por la de Zaragoza. Catedrático de EU de **Historia de la Enfermería**, explica también la asignatura de Fundamentos e Historia de la Fisioterapia en la Universidad de Cádiz.

Entre sus publicaciones cabe destacar, entre otras, *«La investigación científica en la Facultad de Medicina de Cádiz a través de las tesis doctorales producidas en la misma en el siglo XIX»*; *«Crisis y medidas sanitarias en Cádiz (1898-1945)»*; *«Gavilla de médicos gaditanos»*; *«El Excmo. Colegio Oficial de Médicos de la provincia de Cádiz en el siglo XX»*; y *«Las enfermedades de Sísifo»*.

A través de este texto nos acerca la figura del poeta inglés John Keats, nacido en 1795 en Londres y fallecido, como consecuencia de la tuberculosis, en 1821 en Roma.

John Keats, ¿cuyo nombre fue escrito en el agua?

A un Cronopio llamado Julio Cortázar.

«Cuando siento el temor de dejar de existir»
John Keats.

FRANCISCO HERRERA RODRÍGUEZ

No cabe duda de que este asunto de la tuberculosis en la literatura ha sido tratado con eficacia por ensayistas, biógrafos y clínicos, incluidos Julio Cortázar y William Osler; teniendo en cuenta esto, y a pesar de ello, nos atreveremos a pergeñar algunas páginas sobre el particular, aunque pocas luces vamos a encender siendo tan abundante la bibliografía keatsiana; trataremos, a pesar de todo, de fijar unos breves apuntes sobre la tisis padecida por el gran poeta inglés; ese hombre de efímera vida, de orígenes humildes, que tuvo dificultades económicas y que amaba la verdad y la belleza con la pasión romántica de un clásico; en pocas ocasiones una lírica, una voz poética, ha conseguido emocionar como la de Keats, pocas veces un joven poeta ha cuajado una obra imperecedera y de gran influencia en las generaciones posteriores. Nunca sabremos qué caminos habría explorado con sus versos si la plaga blanca no se hubiera cruzado en su camino, pero tampoco se trata de que en estas páginas nos dediquemos a este tipo de especulaciones, nuestra intención es otra.

Se suele decir que la tuberculosis no alcanzó su auge en Europa hasta finales del siglo XVIII, con la inmigración masiva del campo a la ciudad; o sea que la aparición de la sociedad industrial contribuyó al hacinamiento y a las malas condiciones de vida, circunstancias favorecedoras para el desarrollo

de la enfermedad, convirtiéndose en la causa de muerte más importante entre los adultos jóvenes. Susan Sontag ha señalado a la tuberculosis como una enfermedad que en el siglo XIX conllevó *«el peso agobiador de la metáfora»*. Efectivamente, en lo que se refiere al romanticismo se afirma que *«el simbolismo de la tuberculosis alcanzó su máximo grado de elaboración»*; encontrándonos entre otras sugerencias que esta enfermedad espiritualiza o embellece al enfermo, o que le hace tener una sensibilidad superior o aumenta su capacidad creativa. Es sabido que algunas personas procuraban no dormir o se sometían a dietas de vinagre y agua, y todo ello para tener un semblante pálido y desmejorado. Todo esto es cierto, pero también es verdad que para muchas personas de la época nombrar la palabra tuberculosis era algo pavoroso, tanto que la citada ensayista norteamericana destaca que en *«Armance»*, la conocida obra que Stendhal publicó en 1827, *«la madre del héroe evita decir ‘tuberculosis’, no vaya a ser que con sólo pronunciar la palabra acelere el curso de la enfermedad de su hijo»*. Este ejemplo, creo que pone el punto de mira en la dirección adecuada, ya que el denominador común de esta enfermedad es el dolor, el miedo, la incertidumbre, la búsqueda desesperada de un remedio curador e incluso en muchas ocasiones el estigma del rechazo social. El ejemplo de John Keats nos permite comprender lo devastadora y letal que fue la tuberculosis, algunos autores hablan de su crudeza específicamente entre los años 1780 y 1830, a medida que se fueron acrecentando las concentraciones urbanas. Una enfermedad, pues, que generó preocupación social, pero que



John Keats, retrato de William Hilton.

Wikipedia

sobre todo cambiaba la vida de la persona que la padecía y también la de su círculo más cercano. Algunas de estas cuestiones se pueden apreciar en la biografía de John Keats, y no sólo esto sino que muy particularmente nos permite aproximarnos a las ideas clínicas y a las terapias utilizadas contra la tuberculosis en esa época, y más concretamente las que padeció el gran poeta.

La vida de John Keats (1795-1821) se esfumó en un suspiro, se diluyó como una nube en el agua; un cuarto de siglo habitó en la tierra y dejó un legado imperecedero en forma de odas y sonetos, al margen de sus estudios relacionados con la medicina en el Guy's Hospital de Londres, profesión que abandonó al parecer por «*escrúpulos morales*». Lo perdieron la cirugía y la farmacia, pero lo ganó la poesía. Parece que a Keats hay que susurrarle aquello que él le dijo a un ruiseñor: «*¡Oh, Pájaro inmortal, no es para ti la muerte!*»; pero nuestro poeta estaba quizás «*un poco enamorado de la Muerte apacible*». La muerte, apacible o no, le esperaba pacientemente desde su nacimiento en una familia en que la tuberculosis tuvo asiento y morada, cebándose primero con la madre y con los hermanos. A su amada Fanny Brawne le llega a escribir: «*Dos voluptuosidades tengo que meditar en mis caminatas: tu belleza y la hora de mi muerte*». La muerte, siempre la muerte. Sorprende que un hombre tan joven construyera un universo poético tan limpio y tan puro donde los versos corren caudalosos y henchidos de pasión, pero también con la serenidad de lo clásico.

En la primavera de 1818 publicó su «*Endymión*», obra que no recibió buenas críticas, y en el verano se presentó inexorable la *peste blanca* en su vida; aciago año y aciaga enfermedad que se llevó por delante a uno de sus hermanos. La suerte

El ejemplo de John Keats permite comprender lo devastadora y letal que fue la tuberculosis a medida que se fueron acrecentando las concentraciones urbanas

está echada y los pulmones del poeta seriamente afectados; los pulmones *tocados* y el corazón partido entre dos mujeres: Isabella Jones y Fanny Brawne. En algún momento Keats pensó que su enfermedad se debía a su intenso amor por Fanny, no era extraño en esta época achacar la enfermedad a una gran pasión; aunque no sabemos si alguna vez se le pasó por la mente la posibilidad de haberla contraído cuidando a su hermano Tom.

Cuando leemos su poema «Al ver los 'mármoles de Elgin'», tenemos la sensación de que el poeta presiente que le queda muy poco tiempo de vida:

*«Mi ánimo está muy débil: sí, la mortalidad
me abruma con su peso, como un sueño no deseado
y cada pináculo y abismo que imagino
de dificultad divina, me dice que debo morir
como un águila enferma que mira al cielo».*

Como un águila enferma que mira al cielo, qué gran imagen literaria para expresar el sentimiento de agonía: un ave poderosa que pierde su vuelo, su fuerza y su poder; que pierde su patria, el cielo, y exiliada de su ámbito pierde la vida. La enfermedad va ganando la partida, queda ya poco tiempo, pero no ha podido impedir que Keats escriba su monumental oda «Al otoño»: «*¿En dónde están los cantos de primavera? ¡Ay! ¿Dónde?*». No hay añoranza finalmente porque también el otoño tiene su propia música, con un poema así se queda para siempre en la historia de la literatura y en la mente de los hombres sensibles. Oh, pájaro inmortal. Hay quien dice que este poema es uno de los más insignes de la poesía inglesa de todos los tiempos, y que con él quizás Keats marcaba el comienzo de una nueva etapa en su obra. No pudo ser, las hemoptisis y las sangrías lo dejaron exangüe y sin fuerza para la vida y para el arte. Es lo que Julio Cortázar denomina «*la vida póstuma*» del poeta, en la que imperó la severa dieta y la pertinaz sangría. En agosto de 1820 John Keats sabe que está condenado; según el escritor argentino «*irse a Italia entrañaba apenas el cumplimiento espacial de una distancia ahora insalvable entre Fanny y él, que la cercanía cariñosa convertía en pesadilla diurna*». Cortázar se apoya en Jean Paul Sartre para explicar el problema de la barrera que se alza entre los que van a morir y los que se quedan. Quizás no iba descaminado el *cronopio argentino* al hacer esta interpretación del viaje a Italia. Efectivamente, muy avanzado el año 1820, Keats se encaminó hacia su última morada, Roma; estaba ansioso por embarcarse, «*ya que el aire del mar me será muy beneficioso*», pero el viaje estuvo plagado de dificultades, y entre las carencias más importantes hay que anotar la mala alimentación.

En algún sitio habría oído Keats que algunos médicos creían en los favores del aire marino, pero sus esperanzas de sanar no se vieron colmadas

En algún sitio habría escuchado Keats que existían médicos, entre los que se encontraba el francés Laënnec, que creían en la climatoterapia y muy especialmente en los beneficios del aire marino; pero las esperanzas del poeta de tener mejoría no se vieron colmadas, por no hablar del mal trago que debió suponer para su maltrecho cuerpo la cuarentena de diez días que tuvo que cumplir el barco al llegar a puerto.

Cortázar realiza una esmerada disección de estos últimos meses y rescata un párrafo de una carta de Keats que data de octubre de 1820: «Cualquier hombre capaz de remar en su barca, y caminar y hablar, me parece un ser tan distinto de mí. No me siento de este mundo». Le quedan apenas cuatro meses de vida. La Piazza di Spagna de Roma y su amigo y cuidador hasta el final, Joseph Severn, serán testigos de sus últimos días. La amadísima Roma muy cerca, pero a la vez muy lejos; Fanny Brawne sufriendo en Inglaterra.

Los últimos años de su vida fueron muy duros para el gran poeta inglés, sus pulmones eran pasto de las lesiones cavernosas y las hemoptisis sobrecogían su ánimo y mermaban sus fuerzas; mientras, por aquellos años, algunos médicos como Gaspar Laurent Bayle o Théophile René Laënnec estudiaban *anatomoclínicamente* las lesiones pulmonares de los tuberculosos. No se olvide que Bayle también murió de tuberculosis unos años después de haber publicado su libro «*Recherches sur la phtisie pulmonaire*» y que Laënnec publicó la primera edición de su «*Traité de l'auscultation mediate*» en 1819, que tendría otra edición en 1826. Este gran médico francés era «*unicista*» ya que consideraba que todos los tipos de tubérculos que describió, y las neumonías tuberculosas, eran consecuencia del mismo agente causal; aunque no creía en la contagiosidad de la enfermedad, que irónica y despiadadamente también acabó con su vida a los 46 años de edad. De todas maneras, de poco le servía a John Keats que médicos como Laënnec arriesgaran su vida y afirmaran que todas las lesiones de la tuberculosis «...*sont univoques et originales dans leur essence*». A Keats estos hallazgos anatomoclínicos no le solucionaban la fiebre, la tos, la debilidad o las hemorragias. Su principal preocupación, sin lugar a dudas, sería encontrar un médico cercano que le pusiera un tratamiento acertado y efectivo que lo curara y lo devolviera al mundo para poder seguir escribiendo y amando a Fanny Brawne, pero eso era muy difícil en la época que estudiamos.

Efectivamente, era algo imposible en esta época aplicar un tratamiento que curase al feble, febril y pálido tuberculoso. En este sentido debemos recordar que Laënnec era partidario de la climatoterapia marina y lo argumentaba así:

Los últimos años de su vida fueron muy duros, sus pulmones eran pasto de las lesiones cavernosas y las hemoptisis sobrecogían su ánimo y mermaban sus fuerzas

«Estoy convencido de que en el estado actual de la ciencia no tenemos todavía mejores medios para oponer a la tisis que la navegación y el habitar en las orillas del mar en un clima dulce (...). He ensayado, el pasado invierno, el establecer en una pequeña sala del Hospicio Clínico una atmósfera marina artificial mediante el fuco u oba frescos (*fucus verrucosus*). Doce tísicos fueron sometidos a este tratamiento durante cuatro meses; en todos ha permanecido estacionaria la enfermedad y en algunos el adelgazamiento y la fiebre héctica han disminuido también sensiblemente (...). Habiéndonos faltado el fuco en primavera, por razón de las dificultades para su transporte, la enfermedad ha tomado desde este momento una marcha rápida en los tres enfermos que permanecían en el hospital y los ha conducido prontamente al término fatal».

Sin embargo a John Keats poca o ninguna mejoría le reportó el viaje a Italia en barco, entre otras cosas porque las circunstancias del mismo, como ya hemos indicado, fueron muy complicadas. Previamente a este viaje, en febrero de 1820, tuvo una hemoptisis que él consideró como su «*sentencia de muerte*»; un médico acudió y le propinó una sangría, luego otro médico llamado Robert Bree le recetó dosis elevada de digital y una dieta sin carne, con el convencimiento de que nuestro poeta no tenía afectación pulmonar. En octubre del referido año Keats escribe en una carta: «*El doctor Clark me atiende muy bien; dice que no hay gran cosa en los pulmones, pero asegura que el estómago está muy mal*». La fiebre, la tos y las hemorragias no fueron suficientes para centrar correctamente el diagnóstico. Una vez instalado en la bella casa de la Plaza de España de Roma siguieron las hemoptisis y el referido médico pensaba que el problema residía en el estómago y basó el tratamiento en una dieta muy severa y más sangrías después de cada hemoptisis. Con casi toda seguridad el doctor Clark era un firme partidario de la doctrina «*irritativa*» del célebre François J.V. Broussais, que pensaba que el origen de la mayor parte de las enfermedades radicaba en la gastroenteritis y basaba el tratamiento de la tuberculosis en los dos elementos citados, todo ello a pesar de que Laënnec condenaba esta práctica al considerar que la sangría no prevenía la formación de tubérculos ni tampoco los curaba cuando aparecían.

La corta vida de John Keats terminó en el número 26 de la Plaza de España de Roma, con los pulmones destrozados según se confirmó por la autopsia que se le realizó. Aquí lo dejamos, pero no sin invitar al paciente lector de estas páginas a que se sumerja en sus versos, poblados de amor y naturaleza, pero también llenos de dolor y de imágenes sobre la enfermedad y la muerte. «*Aquí descansa Uno cuyo nombre fue escrito en el agua*»; sin embargo su nombre y sus versos están hoy más vivos que nunca. ■

bibliografía

- ALCAIDE, J. y ALTET, MN.: *Generalidades. Impacto social de la tuberculosis en la historia de la Humanidad*. Medicina Integral: (1994), 10, pp. 423-426.
- BÁGUENA, MJ: *La tuberculosis y su historia*. Fundación Uriach. Barcelona, 1992.
- CALZADA, JM.: *John Keats, un gran poeta tuberculoso*. Leguas: (1984), 110, pp. 3-18.
- DORMANDY, T.: *La hora de la verdad. Cuatro creadores de la medicina moderna*. Mayo ediciones. Barcelona, 2004.
- CORTÁZAR, J.: *Imagen de John Keats*. Editorial Alfaguara. Madrid, 1996.
- CORTÁZAR, J.: *La batalla de amor de John Keats*. Babelia (El País), 17-II-1996.
- COURY, C.: *Grandeur et déclin d'une maladie. La tuberculose au tours des ages*. Lepetit, SA. Suresnes, 1972.
- ENRÍQUEZ-ARANDA, MM: *La recepción de la poesía de John Keats a través de sus traducciones al español en el siglo XX*. Tesis doctoral. Universidad de Málaga, 2005.
- GUERRA, F.: *Historia de la Medicina*. Ediciones Norma. Madrid, 2007.
- HERRERA, F.: *Las enfermedades de Sísifo*. Imprenta Rimada. Cádiz, 2011.
- KEATS, J.: *Odas y sonetos. Traducción, introducción y notas de Alejandro Valero*. Hiperión. Madrid, 1997.
- KEATS, J.: *Poemas escogidos. Edición bilingüe de Juan V. Martínez Luciano, Pedro Nicolás Payá y Miguel Teruel Pozas*. Introducción y notas de Juan V. Martínez Luciano. Editorial Cátedra. Madrid, 1997.
- LAËNNEC: *Tratado de la auscultación mediata. Estudio preliminar de Pedro Laín Entralgo*. Instituto Arnaldo de Vilanova. CSIC. Madrid, 1954.
- MANRESA, G. y ANGLÉS, R.: *Historia de la tuberculosis*. Jano: (1987), 770, pp. 59-63.
- MONROY, R.: *La temática de las imágenes en John Keats*. Anales de la Universidad de Murcia: 37 (1978-79), 4, pp. 249-261.
- OSLER, W.: *Un estudiante de Alabama y otros ensayos biográficos*. Unión Editorial. Madrid, 2010.
- ROMERO-HERNÁNDEZ, C.: *La tuberculosis en la época del romanticismo europeo: un recorrido literario*. Rev. Inst. Nal. Enf. Resp. Mex.: (2000), 1, pp. 63-64.
- SÁNCHEZ-GONZÁLEZ, MA.: *Historia de la Medicina y Humanidades Médicas*. Barcelona, 2012.
- SMITH, H.: *The strange case of Mr. Keats's Tuberculosis*. Clinical Infectious Diseases: (2004), 7, pp. 991-993.
- SONTAG, S.: *La enfermedad y sus metáforas*. Muchnik Editores. Madrid, 1985.

John Keats

John Keats poeta britainiarrari buruz Francisco Herrera Rodríguezek idatzitako artikulu honek *La firma invitada* atal berriari hasiera ematen dio.

Cadizen 1957an jaiotako Francisco Herrerak curriculum handia dauka: Medikuntzan doktorea (Cadizeko Unibertsitatean), Zientzia eta tekniketako historian diplomatua (Zaragozako Unibertsitatean) eta Cadizeko Unibertsitatean Erizaintza-ren historia katedratikoa da.

Orain arte argitaratu dituen lanen artean *La investigación científica en la Facultad de Medicina de Cádiz a través de las tesis doctorales producidas en la misma en el siglo XIX; Crisis y medidas sanitarias en Cádiz (1898-1945); Gavilla de médicos gaditanos; El Excmo. Colegio Oficial de Médicos de la provincia de Cádiz en el siglo XX; eta Las enfermedades de Sísifo* dira aipagarrienak.

Londonen 1795ean jaio eta Erroman, tuberkulosiak jota, 1821ean hildako John Keats poetaren istorioa aipatuz tuberkulosi gaitzak literaturan izan duen presentzia aztertu nahi izan du Herrera Rodríguezek. Biek uztartuta hala dio: sekula ez dugu jakingo zein bide miatu izango zituen Keatsek poesiaren bidez izurrite zuriarekin topo egin ez balu.

Europar tuberkulosiak goieneko maila XVIII. mende bukaeran hartu zuen. Garai hartan hasitako industria-iraultzak jende andana hiritara mugiarazi zuen bizi baldintzak benetan txarrak izanik (jende pilaketa, garbitasun eza, eta abar) eta tuberkulosia heldu gazteen heriotza-ren arrazoi nagusizat bilakatuz.

XIX. mendeko erromantikoek, berriz, tuberkulosiak gaixoa edertu egiten zuela, gaixoei sortzeko ahalmen handigoa zeukatela edota sentsibilitate handigoa zutelaren zioten. Eta garai hartan, zurbil eta gaixo agertzeko ospina eta ura hartzen zutenak izan bazeuden. Hau guztia egia izan arren, beste askorentzat nahikoa zen tuberkulosi hitza entzutea ikaragarritzko beldurra sentitzeko.

Beldurra da, Herrera Rodríguezek esanetan, gaixotasun honen izendatzaile komuna, mina, ziurgabetasuna, etsi-etsi-an sendabide bat bilatzea eta askotan gutxiespen sozialarekin batera.